

CAMARADA

UN ENCUENTRO CON CHARLES AZNAVOUR

Galo Mora Witt

*Y fue en aquel momento, justamente
en aquellos momentos de miedo y esperanzas
—tan irreales, ay— que apareciste,
oh rosa de lo sórdido, manchada
creación de los hombres, arisca, vil y bella
canción francesa de mi juventud!*

Jaime Gil de Biedma

Asistimos con hermanos y primos al cine de barrio para mirar la película *Un taxi para Tobruk*, exhibición de inaudita amistad entre soldados británicos y polacos y un oficial alemán en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. En medio del desierto, cerca de la población de Tobruk, territorio libio entonces ocupado por Italia, se desarrolló una de las más encarnizadas batallas entre las fuerzas del Eje, comandadas por Erwin Rommel y las aliadas, dirigidas por el teniente general australiano Leslie Morshead. En la obra cinematográfica, las actuaciones de Lino Ventura y Hardy Kruger, y en especial de Charles Aznavour, llevan a un clima excepcional: el discurso antibelicista y el elogio de la hermandad, más allá de la crueldad de la guerra. Esta reseña tiene los ojos de hoy, por supuesto; en ese entonces nos pareció simplemente un film de suspense, con héroes y víctimas, como toda representación guerrera. Era la primera vez, quizá sería alrededor de 1964, que el nombre de Aznavour llegaba hasta los oídos de unos cuantos niños absortos reunidos en un teatro con butacas desvencijadas, a más de diez mil kilómetros de distancia del epicentro de los acontecimientos suscitados en el verano de 1942.

Por el mismo tiempo, en la sala del linóleo, como la llamábamos, estaba instalado el tocadiscos de aguja que reproducía con su habitual crash los discos L.P. de vinilo y los de 45 revoluciones por minuto. Uno de ellos, del sello Odeón, traía en una cara la canción *Venecia sin ti* y, en la otra, *Te esperaré*. La voz de Aznavour, arenosa y ríspida, estaba muy lejos de las cualidades de laureados intérpretes, como la varonil expresión de Gilbert Becaud,

las armonías complejas del monagesco anarquista Leo Ferré o los himnos de barricada y martillo del gran George Brassens; no obstante, supo aprovechar precisamente esa cualidad de gorjeador, cual cántico del pequeño turpial, para convertirse, desde un comienzo timorato de la mano de Edith Piaf, en la más fiel representación de la canción urbana parisina. Sumaría al auspicio del *gorrión de París*, ese talante que lo acompañó en su cancionística: relator afinado de amorfos, presagios, sergas o fracasos.

El 22 de mayo de 1924 fue registrado y bautizado en la Iglesia de Saint-Germain-des-Prés como Shahnourh Varinag Aznavourián Baghdasarian, de padres armenios que se refugiaron en Francia para huir de las masacres causadas por la furia de la soldadesca del imperio turco otomano en el sur del Cáucaso; sobrellevó la tragedia gracias al espíritu gregario de su familia, a la solidaridad incubada, paradójicamente por la desesperanza y el desarraigo, a la heredad de una cultura marcada por el cristianismo, desde los apóstoles Bartolomeo y Judas Tadeo hasta Gregorio, el Iluminador, santo patrón de la iglesia apostólica armenia.

Aznavour fue un gran lector, examinador de una literatura diversa, desde G.I. Gurdjieff, el *Tigre de Turquestán* y su controvertido espiritualismo, hasta Kachatur Abovian, autor de *Heridas de Armenia*, pasando por poetas de las tierras que bordeaban el legendario monte Ararat, elevación donde, de acuerdo al relato mítico, se asentó el arca que salvó a la Humanidad en el diluvio universal. Los armenios llaman a su país Haiastán, derivación de Haik, tataranieta de Noé. Ossip Mandelstam, poeta ruso de enorme sensibilidad, quien fuera asesinado por los esbirros de Stalin, quedó perplejo al conocer la belleza de asentamientos y paisajes que prácticamente no habían cambiado desde la Edad de Bronce: *A ti nunca te encontraré, / miope cielo armenio, / y ya no te veré, entornando los ojos / sobre la tienda de viaje del Ararat, / y nunca golpearé / en la biblioteca de autores alfareros / el libro sin hojas de la hermosa tierra /del que estudiaron los primeros hombres.*

La nación armenia ofrendó al mundo figuras como el compositor Aram Khachaturian, creador del gran ballet *Spartacus* o la popular *Danza del sable*; los cineastas Ruben Maumolian y Atam Agoyan; el ministro soviético Anastas Mikoyan; el doble campeón olímpico en gimnasia Albert Azaryan; los descendientes, como el novelista William Saroyan, nacido en California; la cantante Cherylin Sarkisian (Cher); el campeón de Fórmula 1, Alain Prost; el cineasta Ashoid Malakian, devenido Henri Verneuil; el tenista argentino David Nalbandian; las frívolas, hueras y exuberantes hermanas Kardashian. No podría faltar en este breve inventario un comediante que pobló nuestra adolescencia con sus piruetas y singular versión del circo, el armenio argentino Martín Karadagian, creador del espectáculo de televisión *Titanes en el Ring*, puesta en escena de una maravillosa farsa que combinaba lucha grecorromana, vestuario estrafalario y una estrambótica tesis sobre el bien y el mal, encarnada por histriones inolvidables. El personaje que sería motivo de la charla con Aznavour era también un luchador, pero sin cámaras, burlesque ni tramoya; su nombre: Missak Manouchian, líder de la Resistencia Francesa contra el fascismo.

El 24 de abril de 2017, al conmemorar el Día de la Memoria, fuimos invitados quienes ejercíamos la representación de nuestros respectivos países ante la UNESCO, a un evento especial en el lujoso hotel Montaigne de la capital francesa. Aznavour, Jefe de Misión de Armenia, fungía como embajador extraordinario y plenipotenciario, aunque, dada su edad, su agenda y su fama, era, en realidad, un título o cargo honorífico.

Tras degustar de una deliciosa khorovats, barbacoa asada con carbón vegetal y el brandy armenio, nos levantamos reverentes para escuchar el himno. Coincidió con el ingreso al salón de ese cantautor y actor tan admirado. Un grupo de guardaespaldas lo rodeaban y guiaban, y la aglomeración para saludarlo hacía difícil abordarlo. De repente se abrió un espacio que aproveché para colarme entre sus subalternos, y, cuando iba a ser apartado por un hombrachón parecido a Ursus, alcancé a manifestarle mi reconocimiento, acompañado de la frase: *Je suis également musicien et ambassadeur de l'Equateur* (yo también soy músico y embajador de Ecuador). Entonces Aznavour ordenó que me dejaran pasar para entablar la conversación.



L'Equateur, dijo, y su mirada se perdió en lontananza, quizá recordando el suceso de un plagio musical que fuese motivo de largo litigio en las cortes francesas. La canción *Si tú me olvidas*, también llamada *De terciopelo Negro*, del autor ecuatoriano Jorge Araujo Chiriboga, fue utilizada, sin contar con la autorización correspondiente, como banda sonora del film *Morir de amor*, de André Cayette, con la actuación formidable de Annie Girardot. Finalmente se reconoció el plagio, la respectiva indemnización y la presencia en los créditos del autor, como lo prueba la plataforma cinematográfica *film affinity*. Aznavour escribió la canción simbólica de la obra que relata la tragedia real de Gabrielle Russier, profesora de liceo de treinta años, quien sostenía un tórrido romance con su alumno Christian Rossi, de diecisiete. Tras la acusación de corrupción de menores, la estigmatización, la condena a un año de prisión, la profesora se suicidó en su apartamento de Marsella. El suceso, manifestación tardía del romanticismo europeo, tuvo en la versión cinematográfica aquella balada de Aznavour, que fuese galardonada con el León de Oro de Venecia 1971 a la mejor canción, y que tuviese una curiosa versión en español junto a Compay Segundo y Hugo Garzón, tras aquella visita que hiciese a Cuba el 2006, cuando grabó sus canciones junto al célebre pianista Chucho Valdés y compartió momentos gratos con Silvio Rodríguez y Amaury Pérez:

*Un mundo cruel me ha condenado
Sin compasión me ha sentenciado
En cambio no siento temor
Morir de amor
Y mientras se juzga mi vida*

*No veo mas que una salida
Que es encontrar en mi corazón
Morir de amor
Morir de amor
Es morir solo en la oscuridad
Cara a cara con la soledad
Sin poder implorar ni clemencia ni piedad*

Un breve y parcial repaso a las interpretaciones de Aznavour en el cine me llevan hasta *Diez negritos*, sobre la novela homónima de Agatha Christie; *Los fantasmas del sombrerero*, de Claude Chabrol, donde Aznavour es un sastre armenio que devela crímenes aborrecibles de un vecino burgués; su inolvidable *Papá Goriot*, sobre la novela de Balzac; *El tambor de Hojalata*, sobre la novela de Gunther Grass; o la legendaria *Disparen sobre el pianista*, de Truffaut, donde encarna a un músico armenio, Edouard Saroyan, signado por la tragedia, en uno de los mejores filmes del género *noir* galo.

Digresión aparte, la tertulia con el cantautor se centró en primera instancia en el genocidio armenio. Dijo que estuvo presente en el homenaje a las víctimas y el develamiento de la estatua que con ese motivo se erigió en Yerevan. Le dije que conocía del episodio tormentoso gracias a una obra de Vassili Grosman, *Que el bien os acompañe*, relato sobre aquellos sucesos tétricos y feroces sobre los que la historia ha tejido un manto de opacidad y amnesia. Clavó su mirada de gnomo de bajos fondos del Moulin Rouge, y respondió alterado: “Nadie puede siquiera imaginar aquello, la palabra humano no tiene cabida. Eran campesinos que a lo largo de la historia habían hecho de la bondad su forma de vivir; eran religiosos o paganos, iletrados la mayoría, y fueron arrasados, sacrificados y hasta crucificados por un ejército que hizo del terror y la ira su razón de ser. Ismail Enver Pashá, el instigador del genocidio, fue asesinado por tropas soviéticas en 1922 y por ello jamás se pudo formular un juicio sobre ese holocausto.”

La voz de Aznavour se quiebra al comentar esa barbarie ignorada, que hasta hoy no ha recibido ni siquiera desagravio: “No necesitamos reparación, el dinero no devuelve la paz, lo que ansiamos es el reconocimiento de ese episodio para que en la memoria del mundo se registre el dolor, la ausencia, la orfandad. A esto se suman, una guerra con Azerbaiyán, un espantoso terremoto con miles de víctimas. Hemos sido signados por la calamidad, la catástrofe y la maldad. Pero somos ave fénix, o curruca de Menetries, para hablar de aves armenias.”

Le cuento que el 2016 Ecuador también fue epicentro de un sismo que dejó miles de víctimas y damnificados. “Es otra coincidencia, pero de las malas, porque lo nefasto no es cuestión de azar, son destinos marcados, amigo mío

—dice, para después agregar: He viajado a algunos países de América Latina, pero jamás recibí una invitación para ir a Ecuador. Leí hace muchos años una obra llamada precisamente *Equateur*, de Henri Michaux, pero, si no recuerdo mal, no pintaba un cuadro muy positivo. Sucede a veces que nos cargamos de un exotismo ilusorio que cree que va a encontrar una especie de paraíso y vergel, y, al chocar con realidades crudas, solemos, especialmente los europeos, pontificar sobre lo bueno y lo malo. Con Armenia nos pasa algo similar. Los turistas van, toman fotos de iglesias ortodoxas, comen cordero, posan en los jardines junto a estatuas cinceladas por el colombiano Fernando Botero, se persignan en el Monasterio de Geghard, visitan el Museo de Manuscritos Antiguos o llevan velas a las faldas del monte Ararat, y con eso, hasta la vuelta, señor. El tesoro no está ahí, está en el alma de los armenios. La idea europea de civilización puede llegar a poner una venda en los ojos.”

Le cuento que aquel viaje de Michaux a Ecuador lo hizo en compañía del poeta Alfredo Gangotena y el cuñado de este, Aram Mouradian, armenio, esposo de Fanny Gangotena, a quien Gangotena llamaba, *mi compañero de exilio*. “Vaya, hemos estado más cerca de lo que creía. Es que el nomadismo es parte de la vida nuestra. No han sido éxodos voluntarios, salvo casos excepcionales. La gran mayoría han sido destierros forzosos, consecuencia de la persecución, de la ocupación, una tragedia que no ha sido revelada.”

En Ecuador residen grandes músicos armenios, los casos del cornista Tigrán Ter-Minusyan, el director de orquesta David Harutyunyan o el querido chelista Daniel Kachatrian. Nomadismo sincrético, me dijo alguna vez: “mira que la bandera de Ecuador es la misma que la de Armenia, pero colocada al revés. Debe ser por los temblores”, afirmó con su risa escandalosa.

Salgo de la fuga memorial y vuelvo a Aznavour, para inquirirle: “¿Y cómo fue su vida durante la ocupación nazi de París?”

Fue parte del cataclismo, alienación y arrebató de la razón que el nazi fascismo incubó. Yo de adolescente cantaba en bares que paulatinamente fueron cerrados, porque los ocupantes consideraban que eran antros de conspiración, y, en algunos casos, era verdad, al punto que el mayor de los héroes y mártires de la Resistencia, Missak Manouchian, armenio, encontró refugio en la casa de mis padres. En la cava vivía, a buen recaudo del brutal asedio y la persecución. El y Jean Moulin aparecían en los carteles de los más buscados por la Gestapo, en particular el famoso Afiche Rojo; imagínese el riesgo que corríamos, pero decía mi padre que era lo único que podíamos hacer, ocultar y proteger

a Missak. Yo le llevaba hasta el sótano que se había adecuado para esconderlo, raciones diarias de agua, queso, pan negro y, de vez en cuando, platillos armenios que preparaba mi padre. Ahí, en la penumbra, con la tenue luz de una lámpara de kerosene y mantas que cubrían la claraboya, él me enseñó a jugar ajedrez, que es una pasión de los armenios. Puede usted comprobarlo si observa la trayectoria de Tigran Petrossian, quien llegó a ser campeón mundial y es un emblema de la nación. Yo jugué en el damero hasta hace poco, ahora me agobia, porque no es un juego, sino una estrategia que pone a prueba inteligencia, astucia y memoria.

Junto a Missak actuaba otro armenio, Arséne Tchakarian, quien murió hace pocos meses en París, a los 101 años de edad. Somos de roble, ¿verdad? Missak y Arsene formaban parte del FT-MOI, Francotiradores y Partisanos, mano de obra inmigrante. Missak, al salir del escondrijo de nuestra vivienda para reorganizar a los maquis fue víctima de la delación de un innumerable felón; fue torturado y ejecutado junto al capitán español Celestino Alfonso. Cuando me otorgaron la Orden de la Legión de Honor volví a ver a Arséne, siempre vital, valiente, insobornable. Logró evadir a la Gestapo y vivió más de un siglo.

El escritor y periodista francés Didier Daeninckx, en su novela *Missak*, recorre la vida de Manouchian, obrero, partisano y poeta, y en sus páginas encontramos ese periodo de heroicidad y traición. En emotivo pasaje encontramos el relato novelado en el que aparece la familia Aznavour, protectora y cómplice de los mártires de la Resistencia, entre ellos, Mélinée, esposa y viuda de Missak. En casa del poeta Louis Aragón se encontró la última carta de Manouchian dirigida a Mélinée, testamento donde subraya:

Pronto moriré junto con mis 23 camaradas con el coraje y la serenidad de un hombre con una conciencia muy clara, pues personalmente, no he cometido ningún daño a nadie y, si lo hice, lo hice sin odio. Hoy está soleado. Y es mientras contemplo el sol y la hermosa naturaleza que tanto amo que diré adiós a la vida y a todos ustedes, mi amada esposa y mis amados amigos. Perdono a todos los que me han lastimado o a quienes hayan querido hacerlo, con la excepción de quien nos traicionó para salvar su propia vida y aquellos que nos denunciaron. Mucho amor para ustedes y para tu hermana y todos los amigos que me conocen, cercanos y lejanos, los llevo en mi corazón. Adiós. Tu amigo, tu camarada, tu esposo.

Manouchian Michel

Abyectos, despreciables, inmundos, canallas, pero, con todo el significado que entrañan los adjetivos, no hay palabras para nombrar a los traidores. De igual manera, ¿con qué vocablos se puede calificar a los heroicos que protegieron la vida de los desamparados? Por testimonio de la hermana mayor del cantor, Aída Aznavour-Garvarencz, plasmado en su obra *Mi pequeño hermano*, conocemos las vicisitudes que debieron pasar los padres, Misha, barítono y antiguo cocinero del Zar Nicolás II y Knar, actriz, tejedora y comerciante, para albergar, tras la muerte de Missak a Mélinée. Quizá podamos verbalizar el apellido y decir, con aplomo: quienes aznavourian a los abandonados y perseguidos, tendrán el reino en este mundo.

Al despedirme le digo que sus grabaciones en español son perfectas, con una pronunciación exacta, como cuando subraya esa pregunta que nos acecha al sentir que la magia se ha esfumado y el desamor se posa en las llagas de la esperanza:

*Quién?
borrara mi huella
y encendiendo estrellas en la oscuridad
abrirá balcones
romperá crespones
y pondrá canciones en tu soledad.*

“Pero solo canto en español, no lo hablo, aunque algo entiendo. He grabado en ocho idiomas, pero solo hablo cuatro”, dice con una sonrisa cómplice de su condición plurilingüe. Ya que antes se refirió a las aves, tendría que compararlo con el carricero políglota, pájaro migrante estival que anida en las llanuras de las comunidades rurales de Areni, al sur de Armenia.

¿Me permite una fotografía? Será un privilegio guardar para siempre este momento que, desde ahora, atesoro en la memoria, porque mi generación se formó con algunas de sus canciones, en particular *Venecia sin ti*, *Y por tanto*, *Formi formidable*, y *dos que merecen un tributo*. *La Bohemia*, suerte de himno de quienes apostamos en la juventud por esa vida despreocupada, siempre a la caza de la fiesta, del amor, de la madrugada. El bohemio es la lucerna de la noche, el que encandila recovecos y cenobios, el opuesto al burgués, porque es capaz de romper todo código, todo contrato social y así es capaz de vivir su libre albedrío, en contraste con los protocolos familiares o sociales de la burguesía. Recuerdo esos pasajes y el coro que se elevaba desde cualquier rincón:

*Bohemia de París
Alegre, loca y gris
De un tiempo ya pasado
En donde en un desván*

*Con traje de can-can
Posabas para mí
Y yo con devoción
Pintaba con pasión
Tu cuerpo fatigado
Hasta el amanecer
A veces sin comer
Y siempre sin dormir*

*La bohemia, la bohemia
Era el amor, felicidad
La bohemia, la bohemia
Era una flor de nuestra edad
Debajo de un quinqué
La mesa del café
Felices nos reunía
Hablando sin cesar
Soñando con llegar
La gloria a conseguir
Y cuando algún pintor
Hallaba un comprador
Y un lienzo le vendía
Solíamos gritar
Comer y pasear
Alegres por París*

(...)

*Hoy regresé a París
Crucé su niebla gris
Y lo encontré cambiado
Las lilas ya no están
Ni suben al desván
Moradas de pasión
Soñando como ayer
Rondé por mi taller
Mas ya lo han derrumbado
Y han puesto en su lugar
Abajo un café-bar
Y arriba una pensión*

*La bohemia, la bohemia
Que yo viví, su luz perdió
La bohemia, la bohemia
Era una flor y al fin murió*

La Mama, que es una joya del extrañamiento y que casi nunca podemos escuchar sin que el llanto nos interrumpa y quiebre. *Ya están aquí, llegaron ya, a la llamada del amor, está muriendo la Mamá...*

Esta sublime canción fue, irónicamente, motivo de una de las manifestaciones más espontáneas y lúdicas del humor de mi tierra. Asistí en 1999 al concierto de Aznavour en la Arena de Genève, anfiteatro de la ciudad homónima donde

el cantor residía. Tiempo después, referí a mis amigos la emoción que me embargaba escuchar en vivo *La Mamá*, al punto que brotaron lágrimas y sollozos, con el agravante de que, a diferencia de lo que sucede en Latinoamérica, en Suiza no está permitido aplacar la tribulación con un sorbo de licor, porque en los coliseos está prohibida la ingestión de alcohol. Uno de quienes me escuchaban con fruición, replicó: “¿Llorabas por la canción o porque no había trago?”

Con el recuerdo hilarante regreso a Aznavour y su paso cansado sobre la alfombra del salón del hotel Montaigne. Saluda a los concurrentes convertidos en comensales, levanta su mano, sus custodios son de alta estatura y él se pierde entre los cuerpos robustos. Una impresionante ovación lo despide, anuncia que el próximo mes festejará sus noventa y tres años con un concierto en el Olimpia, en el que participará su nieta como corista. También volverá a escena con la obra escrita, dirigida e interpretada por él sobre Toulouse-Lautrec. Recuerdo mientras Charles desaparece entre la multitud lo que decía Serrat: “me interesa mucho lo que hacen los nuevos cantores, pero siempre vuelvo a Aznavour.” Más angustia que oropel, más saudade que kermesse, las canciones de Aznavour nos envuelven con un manto de melancolía. Siempre fue motivo de orgullo pertenecer a la cofradía de soñadores del cántico universal, y, en particular, a sentirnos parte de las expresiones de Aznavour que ennoblecieron el canto, como aquella declaración de principios: “Yo no soy una estrella, soy un artesano.”

Ahora, en este presente perpetuo y efímero, extraigo del desvencijado estuche la guitarra mexicana para interpretar la primera canción que aprendí en el instrumento: *Dos guitarras cingaras*, la misma que Aznavour dedicase al pueblo gitano, con sus farras y añoranzas, borracheras y llantos. Jean Cocteau decía: “Antes de Aznavour la desesperación era impopular. Ahora, no.” En Mouriés, departamento de Arlés, ciudad donde vivió y plasmó sus mayores obras Van Gogh, falleció Aznavour el 1 de octubre de 2018. Tenía noventa y cuatro años. Su estela sigue brillante en el firmamento de los empecinados luchadores por la verdad y la dignidad. Me aproximó al viejo tocadiscos y susurro:

*Camarada
La batalla nos unió, mi camarada
Nuestra lucha comenzó en las barricadas
Y siguió en comandos, y emboscadas
Mi camarada*

*Camarada
Un domingo al desfilar en la parada
Yo te vi allá en lo alto de las gradas
Tus galones los ganaste en la armada
Mi camarada*

Camarada

*Todo el mundo al pasar te saludaba
Siempre fuiste el amigo que admiraba
Y la gente como yo te respetaba
Mi camarada*

Camarada

*Ya muy pronto llegara nuestra alborada
Y aunque se que en torno a mi no queda nada
Sigo en pie ante el cañón de la brigada
Mi camarada*

Camarada

*Con el frio que me roe las entrañas
Solo veo a través de las montañas
El recuerdo de heroicas campañas
Mi camarada*

Camarada

*Mis amigos como tú también se han ido
Y ya no quedan más que sombras sin sentido
Para mi toda esperanza se ha perdido
Mi camarada*

Camarada

*Te salvaste solo gracias a una herida
Y temiste al marcharte por tu vida
Hoy recuerdo nuestra triste despedida
Mi camarada*

Aquel himno consagrado a los partisanos y miembros de la Resistencia, a los insignes y en ocasiones solitarios combatientes contra el fascismo, es la partitura con la que digo adiós a ese inmenso armenio y francés, cuya voz de felpa y nostalgia forma parte de la banda sonora de nuestra vida. He mirado recientemente la versión cinematográfica de *La Montaña Mágica*, de Thomas Mann. El personaje del jesuita Leo Naphta está protagonizado por Aznavour, bien trajeado, narizón, con barba de candado, quien, en una de las tertulias, invoca la dictadura del proletariado para recobrar el comunismo primitivo: “Sin organización social y sin violencia, un estado de unión directa de la criatura con Dios en el que no existían el poder ni la servidumbre, no existían la ley ni el castigo, ni la injusticia, ni la unión carnal, ni la diferencia de clases, ni el trabajo, ni la propiedad; tan solo la igualdad, la fraternidad y la perfección moral...”

Maestro Aznavour: seguiré sus pasos y canciones, sus poemas y filmes, bajo esa llamarada de Leo Naphta que usted supo interpretar a la perfección.

Decía en su canción *C'est fini*: *Yo sé que no hallaré la luz de otra mirada / que pueda distraer mi desesperación. / Y cada despertar con voz atormentada / febril te llamará mi viejo corazón. / C'est fini, fini, fini.*



No es verdad, no hay final. Usted, pequeño gigante, sigue alumbrando nuestras aventuras, delirios, soledades. Aquí, desde la avenida Insurgentes de la Ciudad de México, donde lo vieron pasear en los años setenta, lo convoco a vivir. Para la poesía y la canción la resurrección no es un milagro.

Cantemos mi camarada:

Camarada

*Ya no se si aun podré volver a verte
O si solo tengo cita con la muerte
Se feliz te dejo ya que tengas suerte
Tu camarada*

Camarada

*La batalla nos unió, mi camarada
Nuestra lucha comenzó en las barricadas
Y siguió en comandos y emboscadas
Mi camarada 🇪🇺*

Galo Mora Witt (Loja, 1957). Ecuatoriano, Licenciado en Antropología por la Universidad Politécnica Salesiana de Quito. Ministro de Cultura del Ecuador 2008. Embajador Plenipotenciario ante la UNESCO 2015-2017. Obras publicadas: *Un pájaro redondo para jugar* (Editorial Eskeletra 2002); *Conversaciones con Pedro Jorge Vera* (2014); *Mujeres Revolucionarias del Siglo XX* (2015); *Memorias del porvenir* (2016); *Mujeres en las Tormentas* (Fondo de Cultura Económica, México, 2020); *Mujeres de Pichincha* (2020). Miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.